



UN MES.

Madrid 1
Provincia 3

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid 40
Provincia 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las impresiones de viaje, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

UN ANGEL Y UNA MUJER.

A Manuel Aramburu.

Hace pocas mañanas escribí esta novela, y tú, sabiendo la llevaba en el bolsillo, me la hiciste leer en una casa, con el pretexto de que allí se había de poner su título. La lei, y una de las señoras que estaba en la sala, tan bella como bondadosa, indicó el que lleva al frente. Dóile las gracias por su buena elección y por su amabilidad, y á tí te dedicó la novela, suplicándote la cedieras como una prueba de mi cariño y de mi amistad.

Signa de mi amor, hermano

LAREN.

Comenzó año 1864.

Estamos en Carabanchel y en una linda quinta.

Era una mañana hermosa de primavera: el aura embalsamada entraba por las ventanas de mi cuarto, y las hojas, mecidas por un viento apacible, formaban un agradable ruido, que contrastaba con el murmullo del agua que mansamente bajaba por sus cauces regando las plantas, y con el de una pareja vecina. Los pájaros saltaban de rama en rama, y los tiernos jilgueros intentaban, felices y contentos, dar su primer vuelo.

Estaba inspirado, y allí para mí todo era ventura, todo era amor.

Abstráctame contemplaba con avidez desde mi cuarto los encantos de la naturaleza, cuando el hablar de algunas personas me sacó de mi éxtasis, y bajé á saludar á una familia que se hallaba con la mía.

Era la familia de Campo Azul.

Mi dicha era completa, porque allí estaba la señorita Elisa, la dueña de mi corazón.

Venían á pasar un día con nosotros. ¡Un día en la quinta en que yo estaba!

En el momento que ví á Elisa tomé su brazo, y juntos dimos unas vueltas por el jardín, formando al mismo tiempo ilusiones tan bellas como la fresca rosa, que abriendo su capullos, ostentaba su pétalo hermoso y su odorífero cáliz.

¡Cuántas promesas! ¡Cuántos momentos de júbilo! ¡Qué dicha!

Elisa vino aquella noche á Madrid, en cuyas puertas la abandoné, volviendo yo, solo y triste, por aquel camino en que antes era tan feliz. Mi caballo, ora al trote, ora al galope, atravesaba el camino, y el cielo, cubriéndose de espesas neblarones, hacía que la soledad me impusiera, que tristes presentimientos agobiaran mi corazón.

Al fin llegué á la quinta, al mismo tiempo que un relámpago alumbró la tierra con su luz viva y fugaz.

Fué el único; la nube se disipó, y poco después la luna esparcía su romántica palidez.

29 DE SEPTIEMBRE DE 1866.

II.

Han pasado ocho días: durante ellos he visitado á Elisa, viéndola todas las tardes á Madrid. Ya estoy á su lado y estoy contento. ¿A quién no alegra y anima la vista de la persona que ama? ¿Quién es el que permanece frío é imposible al ver á la mujer que adora? Estoy satisfecho con mi amor, porque Elisa

La sigo en los bailes, en los paseos y en los teatros.

Su amor guía mi vida y me da fuerza para arrostrar cualquier trabajo; no debe amarme, es necesaria una explicación.

IV.

El que así hablaba, que hasta ahora no he



Enrique y Elisa paseando en el jardín.

me ama, al menos así lo creo; si esto no sucediera, ignoro lo que sería de mí.

III.

Ha parado un mes. Elisa no debe amarme: noto en ella una frialdad extraña.

dicho á mis bellas lectoras quién es, era un joven de hermosa figura, de esbelto tallo y elegante continente.

Amaba, y amaba con su primer amor, tan puro como la brisa, tan platónico como el que yo tuve, tan ideal que no es posible explicarlo.

Poseía unas ideas particulares acerca de las

mujeres; para él cada una de ellas era un ángel venido al mundo para salvar á un hombre.
Una lectora.—Que me gusta ese joven, y...
El autor.—Señora, calle vd. por favor; luego hablará vd.

V.

Elisa y Enrique están en el Teatro Real, y en un palco platea. Parecen felices. Elisa, sin embargo, mira demasiado á un joven que está en una butaca; los gemelos de este sostienen cierta telegrafía con los de Elisa. Esta disimulaba lo suficiente para que Enrique no sorprendiera aquella correspondencia.

Al concluir la función, Enrique tomó el brazo de su amada y la dijo:

—Es necesario, Elisa, que me expliques esa indiferencia que me muestras.

—Yo, Enrique?

—Si, si, tú estás indiferente y fría conmigo; conmigo que te amo tanto, que daría mi vida por un capricho tuyo.

Elisa arregló sus rizos, alzó su miriñaque y después contestó:

—No sé, Enrique, qué razón tengas para decirme eso.

Enrique chapó con mas fuerza que la de costumbre su cigarro, y salió de su boca una nube de humo que se dispó formando espirales.

—Elisa, extraño esa contestación. creo que hace algun tiempo nos amamos, ¿ó olvidaste ya aquel día feliz en que nos prometimos amor y constancia?

—Es cierto; pero desde entonces han pasado dos años, y ya no creo debemos seguir en relaciones.

—¿Cómo!

—Como lo digo; ya has debido conocer que una á otra... que quiero á Eduardo Torre-Velez.

—Es decir...

—Nada, que te conformes y ames á otra.

—Bien, bien; forme vd. buen concepto de las mujeres; la mejor, como ha dicho muy bien no sé quién, que me la clayen en... la frente.

—Buena, di lo que quieras; la primera, pasado; no te apures, olvida todo y ama á otra, ese es el mundo.

Y Elisa, con la mayor naturalidad del mundo, le tendió la mano, porque habia llegado á su casa.

Sus padres le saludaron.

Elisa le dijo:

—Buenas noches, Enrique.

Enrique iba pensando: si, muy buena la tendré.

Amaba á Elisa.

Elisa era... mujer.

VI.

Esto es insufrible; todo conspira conmigo, yo, que cifraba mi porvenir en el cariño de esa mujer. Creí haber encontrado mi felicidad, y he saludado al desengaño, triste como una noche de difuntos, en que las campanas tañen y las familias están rodeadas de amargos recuerdos. La vida ya será triste para mí. ¡Oh, que desesperación! Y Enrique se tumbó en una butaca.

Se levantó de ella; eran las dos de la mañana; se dirigió á su alcoba, dispuesto á... sepultarse en la cama. Cuando metía sus piernas entre las blancas sábanas, decía, procuráremos dormir, que durmiendo se olvida, y olvidando se vive.

VII.

Enrique estaba triste: el desgraciado habia creído encontrar el amor con la misma facilidad que los rayos del sol ó la oscuridad de la noche.

Para encontrarle es necesario tener mas paciencia que Arquímedes, porque no existe en las mujeres: en ellas solo impera el capricho y....

Una lectora.—Jóven, jóven, que vd. se estravía.

El autor.—Señora, déjeme vd. en paz; luego critique cuanto gaste.

VIII.

Enrique no durmió; el infeliz amaba; pero

estaba con una consejera prudente, con la almohada.

La almohada, ¡cuántas veces no os ha hecho variar vuestros planes!

¡Cuántas veces no os ha aconsejado y ha calmado el llanto con que la humedeciais!

La almohada, ese relleno de lana ó de pluma que os presta tanta comodidad, digo mal, la soledad y el silencio de la noche, es el móvil que os hace pensar, y pensar á sangre fría, sin recibir impresiones de ninguna clase.

Enrique reflexionó y pensó.

Que á las mujeres las debemos amar á cierta edad.

Que un hombre no debe enamorarse perdidamente.

Que él habia sido un loco.

Que es un sabio el que comprenda á una mujer.

Por lo cual los sabios escasean.

Y otras mil cosas más, porque creía que Elisa era un ángel, y se encontró con que era... una mujer.

Pasados algunos minutos dormía en paz, y al día siguiente no amaba, solo sentía indiferencia hacia Elisa.

¡Qué contento estoy, decía, viéndome libre cual la gacela que cruza el desierto!

Después tomó el sombrero, y bajaba las escaleras de su casa diciendo:—Vamos á ver á Enriqueta, que ya habrá salido del taller.

Debió verla, porque volvió de muy buen humor.

Una lectora moviendo la cabeza y en tono de amenaza.—¡Bien! ¡Muy bien!

IX.

Enrique poco tiempo después era uno de esos jóvenes de alta sociedad, que hacia suspirar por él á muchas mujeres; pero Enrique era filósofo y rico, y se propuso encontrar la virtud para ser feliz. frecuentando el mundo conoció sus defectos, y entonces dirigió sus miras á otro lado; en su casa notó que habíaba una muchacha jóven y linda que nunca se asomaba al balcón, que iba poco á paseo, y se dedicó á saber quién era aquella jóven. Hasta entonces habia ignorado que tenia una vecina de estas circunstancias.

Llegó muy pronto á dia 4.º de un mes, y entonces llamó á su administrador á fin de encargarse de cobrar los productos de la casa en que vivía, que era de su propiedad; de este modo se introdujo en el cuarto tercero.

La vecinita estaba tocando al piano un nocturno precioso de Goria, lleno de melodia, una furtiva lágrima del Elixir de Amor. Sus dedos recorrían el teclado, imprimiendo en las sonidos un sentimiento inesplicable, el piano era entonces el eco de un alma pura y sensible.

Enrique se entusiasmó al oírlo y al examinar la belleza de su rostro, su espresion de bondad, su torneado cuello y la sencilla elegancia de su traje.

Su madre estaba bordando, y de cuando en cuando levantaba los ojos de la labor, dirigiendo á su hijo: una de esas miradas indescriptibles, llenas de cariño, henchidas de amor.

Este cuadro encantador sedujo á nuestro casero.

La vecina quedó admirada de ver á un jóven tan elegante en su cuarto, y con esa rápida mirada de mujer, vió la buena figura de su interlocutor.

Enrique miró el orden que habia allí; la armonía que reinaba en el cuarto, y la hermosura de la señorita de la casa, quedando prendado de Luisa, que así se llamaba, hija huérfana de un empleado que habia disfrutado una buena posición.

X.

Dos mañanas después, Enrique estaba visitándose con sumo esmero. Su semblante estaba conmovido, y nunca llegaba su traje á dejarle completamente satisfecho.

Momentos después llamaba en el cuarto tercero de la casa, dispuesto á aceptar el ofrecimiento que de aquella habitacion le habia hecho la señora de Ortiz.

Enrique estuvo muy galante, muy obsequioso, muy fino.

Luisa y él no cesaron de mirarse.

Aquella estaba ruborizada.

La madre conoció lo que pasaba; al fin era madre, y sus deseos desde entonces fueron colocar dignamente á su hija.

XI.

Estamos á principios de 1834; la mañana estaba lluviosa y fría.

Enrique, sentado delante de una chimenea, leía confuso y admirado una carta, y una viva agitación se notaba en su semblante.

Después empezó á dar vueltas por su cuarto, y todo denotaba que la preocupacion le poseía.

—No, no, imposible; ¡pero qué cosa tan raro, qué paso tan precipitado! Mi resolución está tomada.

Lo que causaba este monólogo era la carta que Enrique tenia en su mano, y que decía:

«Enrique, no sé cuál es el motivo porque no has venido á casa; el que no te amase, no querria decir que te negara mi amistad; no experimentaba amor hacia ti, es cierto; pero no era aquel el único sentimiento que te consagraba, era cariño. Espero que hoy vendrás á verme á las dos; en esta inteligencia he avisado tu visita á mis padres.

«Tu amiga

ELISA.»

La mujer es caprichosa; Elisa supo que Enrique amaba á otra, que tenia una buena posición y era uno de esos jóvenes solicitados en todas las reuniones, que parecia han nacido para brillar.

Torre-Velez, como consecuencia de sus muchas calaveradas, habia tenido que ausentarse de Madrid, cuya sociedad le repelia, dos meses después de haber roto Elisa sus relaciones con Enrique. Esta se vió entonces aislada, y supo que Enrique estaba enamorado perdidamente; así que atropellando por todo, iba á ver si recordaba sus antiguos amores.

XII.

Enrique era demasiado galante para no ir á la cita.

La esplicación fué terrible; Elisa no consiguió mas que un desengaño, y Enrique conoció que no amaba á aquella mujer que le habia dado una lección tan fuerte de coquetismo.

Elisa estaba triste y pensativa, hizo protestas de amor y de cariño.

Enrique con gran serenidad le participó su boda, noticia que dejó helada á la señorita de Campo Azul, que momentos después estaba triste y abatida.

El bajaba la escalera de la casa de su antigua amada, repitiendo aquella cancion de:

Quando quise no quisiste,
 Y ahora que quieres no quiero.

XIII.

Quince dias después, don Rafael de Albornoz, padre de Enrique, pedía á la señora doña Inés de Ortiz, la mano de su hija Luisa para su hijo.

Otros quince dias después se verificó la boda. Enrique escribía aquella noche en su libro de memorias:

«Es una locura pensar de otro modo; hay mujeres que son efectivamente unos ángeles, que nos proporcionan un bienestar inesplicable y felicidades sin cuento. Una de estas es Luisa. El talento del hombre está en saber distinguir el ángel... de la mujer.»

Enrique y Luisa son hasta ahora muy felices, y se aman con delirio.

Enrique ha proporcionado á Luisa una brillante posición.

Luisa ha dado á Enrique una felicidad que aquel no esperaba encontrar.

Elisa está soltera y triste.

La lectora de antaño. Señor autor, ve vd...
El autor. Señora, ya ha dicho Enrique lo que vd. va á decir; su opinión es la de

RAMON DE ESPINOLA.

AMOR Y FATALIDAD.

LEYENDA CABALLERESCA.

(Continuacion.)

IX.

SUCESOS PASADOS.

Mientras el de Acaña regresa al castillo de don Beltrán, retrocedamos á aquella misma mañana, y consideremos al baron, sentado melancólicamente á la cabecera del lecho de su hija; con los brazos cruzados, su mirada fija, en su inmovilidad parece una estatua del dolor. Su cuerpo pertenece al presente, su imaginación al pasado; recuerda una horrible historia.

Como el autor podia muy bien haberla puesto al principio á guisa de prólogo, lo que hubiera dado mas *tren y charol* á la leyenda, lo que no ha hecho, fuerza es que la coloque en este capítulo, pues es necesario el cabal conocimiento de estos sucesos pasados para el conocimiento de los presentes, *pasados* ó que ya pasaron.

Elvira era una interesante y hermosa jóven, hija de una familia de cristianos viejos sin mezcla alguna de sangre judía, antes bien profesaba en general un horror, antipatia y desprecio á cualquier enemigo de la fé católica, apostólica romana, y en particular á los judíos, á los que no podía ver con buenos ojos por su avaricia, su hipocresía y la maldad que cometieron clavando en una cruz al Santo de los Santos, Nuestro divino Redentor.

Elvira, criada en medio de tan sanos principios, era dulce, tímida, y cifraba toda su ambición en ser sumisa y agradable á los ojos de su padre, pues así tambien creía en serlo á los de Dios, pasando de esta manera una existencia feliz, libre de remordimientos. El marqués de Ferraza, belicoso, noble y señor natural de los padres de Elvira, viéndose viudo con un hijo que criaba lejos de él, se enamoró perdidamente de la jóven, y resolvió hacerla su esposa, dirigiéndose con este fin á sus padres en demanda de su mano. Ellos, orgullosos con el gran favor que les hacían, no hay para qué decir si consentían en tal enlace; baste decir que dieron las órdenes precisas y terminantes á Elvira para que se dispusiera á ser marquesa de Ferraza, la jóven, acostumbrada á la obediencia, no opuso la menor objecion, y lo que es mas, no le pasó tal cosa por su imaginación, constituido por lo tanto gustosa en llamarse marquesa, lo que no dejaba de halagar por otra parte ya tanto á su vanidad mugeril y á su orgullo por verse enlazada con un noble. Elvira tuvo un hijo; el marqués amaba cada vez mas á su esposa, pero creyendo que los niños debían acostumbrarse desde pequeños á sufrir toda clase de privaciones, arrebató el tierno infante á su madre, y puso al cuidado de un antiguo y valiente escudero que vivía á muchas leguas de su casa castillo, y en el que se criaba su otro hijo. Por mas que Elvira hizo no supo el paradero de su hijo, y lloraba en silencio la brutalidad del de Ferraza, que la contestaba que algun día se alegraría de las determinaciones tomadas. Pero la triste Elvira no hacia en tanto sino llorar, cuando el marqués no estaba presente. Pronto tuvo mas motivos para verter sus lágrimas por la muerte de su esposo en una escaramuza con los moros.

—¿Dónde está mi hijo? preguntaba la desolada viuda, sin que nadie pudiera dar cumplida satisfaccion á su pregunta.

Los títulos y dominios del marqués debían pasar á su hijo mayor, habido en el primer matrimonio, pero ¿dónde estaba ese hijo que la manía del de Ferraza, de apartarlos de los regalos paternales, tenía tan alejados que ni sombra ni rastro alguno de ellos se encontró por mas diligencias que se practicaron?

El hermano del marqués, dominado por la

ambición de disfrutar de los castillos y títulos de Ferraza, único que en los secretos del marido de Elvira estaba, buen cuidado tuvo de ocultar que él era el solo que podia aclarar este asunto, y antes de desenmarañar el negocio lo embrolló mas y mas, haciendo alejarse á las buenas gentes que criaban los niños para que nunca mas se oyera hablar de ellos, y que no llegase á noticia del anciano escudero la nueva de la muerte de su señor; desconfiado como era el hermano del marqués, halló un brazo que pagó á un crecido precio, que le hizo la caridad de librarle de la presencia del fiel servidor del marqués, y quedó con su muerte tranquilo, sin que nadie le pudiera negar sus derechos al marquésado y á sus inmensos bienes. Su ambición estaba satisfecha al precio de su conciencia; su cómplice estaba bien retribuido, y nada podía temer por este lado.

Así marchaban las cosas, cuando don Beltrán, de vuelta de pelear con los moros, vió á la desconsolada viuda que lloraba á su esposo ó hijo; el llanto de la muger le causó compasion; esta compasion engendró en él un cariño hacia la jóven; las frecuentes visitas que hizo á Elvira, unidas á esta dosis de compasion y cariño, se compusieron de tal modo, que le volvieron loco de amor por la hermosa insensible.

Declaró su pensamiento á la jóven, pero nada adelantaba; Elvira, al oír hablar de amores, contestaba con entereza que jamás oiría liviandades y ligerezas dignas del libertinage del campamento.

Don Beltrán al oír tales palabras se desesperaba.

Ferrán, el cómplice del marqués de Ferraza, habia logrado para un golpe que su amo le dirigió; era un lazo en el que irremisiblemente hubiera perecido, si su misión en la tierra no hubiese estado aun cumplida; el buen Ferrán reflexionó que quien hacia en esta haria cienlo, y resolvió apartar las ocasiones para evitar el peligro; ningunas circunstancias mejores que las presentes se le podían presentar, para apartarle del servicio del marqués con la estancia en el país de don Beltrán, al que se presentó, con cuyo servicio tenia admitido; verdad es tambien que perdía en categoria lo que ganaba en seguridad. Pasaba del servicio de un marqués al de un baron.

Poco tardó Ferrán en comprender el amor que don Beltrán tenia á Elvira, y bien sabia él que ella jamás le amaría, pero tambien comprendió con su sagacidad acostumbrada, que en estos amores tenia una mina que destramente explotada no dejaría de valerle buenas ganancias.

X.

SIGUEN LOS SUCCESOS PASADOS.

Ferrán se presentó atrevidamente á su señor, y con ademán resuelto le dijo:

—Señor, vos amais y no sois amado; bien conozco la historia de vuestros amores.

—Miserable, si sabes algo guárdate de hablar, porque si algo dijeres, ¡por Dios! te costarían tus habladerías...

—Mal me conocéis, noble don Beltrán, y habláis como quien no conoce á Ferrán, yo tengo en mi mano el éxito de vuestras pretensiones.

Don Beltrán no quiso hacer caso á su sirviente, y volviéndole las espaldas no se dignó ni contestarle siquiera.

—Muy bien, se dijo Ferrán, este negocio me va á valer mas de lo que creía.

Y Ferrán pensó perfectamente al reflexionar así, porque al fin el marqués le ofreció tesoros si algún día se llamaba esposo de Elvira.

—Decid á doña Elvira que sabeis que su hijo vive, dijo Ferrán.

—¿Su hijo? exclamó don Beltrán, ¿tiene algun hijo Elvira?

Ferrán contó á su amo parte de la historia de la jóven, asegurándole que en su mano estaba el secreto de la existencia de los hijos del difunto marqués.

Desde este día empezó á adelantar en sus amores; Elvira no amaba á don Beltrán, pero amaba á su hijo con delirio, y hasta llegó á creer que dando su mano al baron, este haria conocer la residencia del hijo de sus entuñadas, la in-

feliz se engañó; ya esposa de don Beltrán, siempre que le hablaba Elvira de su primer amor, arrugaba el entrecejo, y sin contestarla se retiraba. El buen Ferrán fué recompensado, y falláramos á la verdad histórica si dijésemos que pensó en un punto en rechazar el premio que de justicia creía merecer.

Elvira llegó á conocer que iba á ser madre; sus megillas se colorearon, y llena de júbilo solicitó una entrevista de su marido, del que hacia tiempo estaba como alejada.

—Don Beltrán, dijo Elvira ruborizada, grata noticia tengo que comunicaros, y en albricias de ellas, ¿no me equivocaré que darcis el correspondiente galardón?

Don Beltrán la preguntó:

—Elvira hermosa, ¿qué decís?

—Señor, contemplad vuestra ventura y la mía, soy madre.

—Elvira del alma mía, ¿qué desea tu corazón? ¿qué puede satisfacer tu capricho?

—Señor, dejadme una vez no mas abrazar á mi hijo.

El noble rechazó á la jóven que á sus rodillas habia caído, y echando un espantoso juramento desapareció rápidamente.

Seis meses trascurrieron, don Beltrán, regocijado, estrechó entre sus brazos á su tierna hija Florinda, y desecho de proporcionar á su esposa un bálsamo á su dolor, mandó á Ferrán que condujera al castillo, no al hijo de Elvira y del marqués, porque su vista jamás podría soportar la vista de aquel niño, frutos de aquellos amores, porque él concebia que Elvira no le amaba, y no podría resistir sus celos de tener siempre ante su vista á el hijo del que amo su esposa.

El engaño que obraba con Elvira lo creía en cierto modo disculpable; mientras la jóven creía que abrazaba á su hijo, abrazaba al hijo del marqués, pero con todo no al suyo, y así don Beltrán, que era caballero, se hubiera tenido por villano si hubiera manchado sus labios con una mentira, la dijo un día:

—Elvira, Ferrán partirá mañana á traer el hijo del marqués de Ferraza.

—¿Dios mió! dijo la madre, ¿he resistido la desdicha, dadme fuerza para apurar la bochardad y se llevó la mano á su palpitante pecho.

Ferrán partió con mandatos del baron, el que avistado antes con el marqués, entre las dos conviniéron que el hijo de Elvira fuese embarrado y llevado á donde la suerte le deparase, y que el hijo primero del marqués, ocultándole su nacimiento, ocupase una plaza de page del baron. El de Ferraza se creía mas seguro presentando sin temor alguno en el mundo á su sobrino, mejor que ocultándolo en los bosques, pues una casualidad podia poner en evidencia sus maquinaciones y maldades; á mas el baron le amenazó de que si no consentía en lo que le habia propuesto, descubriría su bastarda ambición. El marqués, intimidado, condescendió en lo que se le pedía, maldiciendo entre sí al perverso Ferrán, que tan villanamente le vendía, y jurando entre sí que la hora de su venganza algun tiempo le llegaría.

Los propósitos del baron se verificaron; Ferrán corrió velozmente antes que el de Ferraza no les hiciera alguna mala jugada, y pasado algun tiempo Elvira abrazó á un jovencito rubio de ojos azules, al que la madre cubrió de ardientes y apasionados besos, sin que inquietaran nada estas pruebas de cariño al desconfiado y celoso don Beltrán.

Florinda y el jóven se acostumbraron á llamarse y amarse como hermanos. Ferrán, arrependido de sus anteriores maldades, servía con extraordinario interés y solicitud á madre ó hijo. A veces se le veía enjugarse furtivas lágrimas que de sus megillas caían, y aumentábase asimismo su mal humor hácia los demás, á medida que amaba mas y mas á los dos interesantes seres, á los que parecia dedicado particularmente.

Don Beltrán estaba siempre sombrío, pudiendo únicamente distraerle las infantiles gracias de su hija.

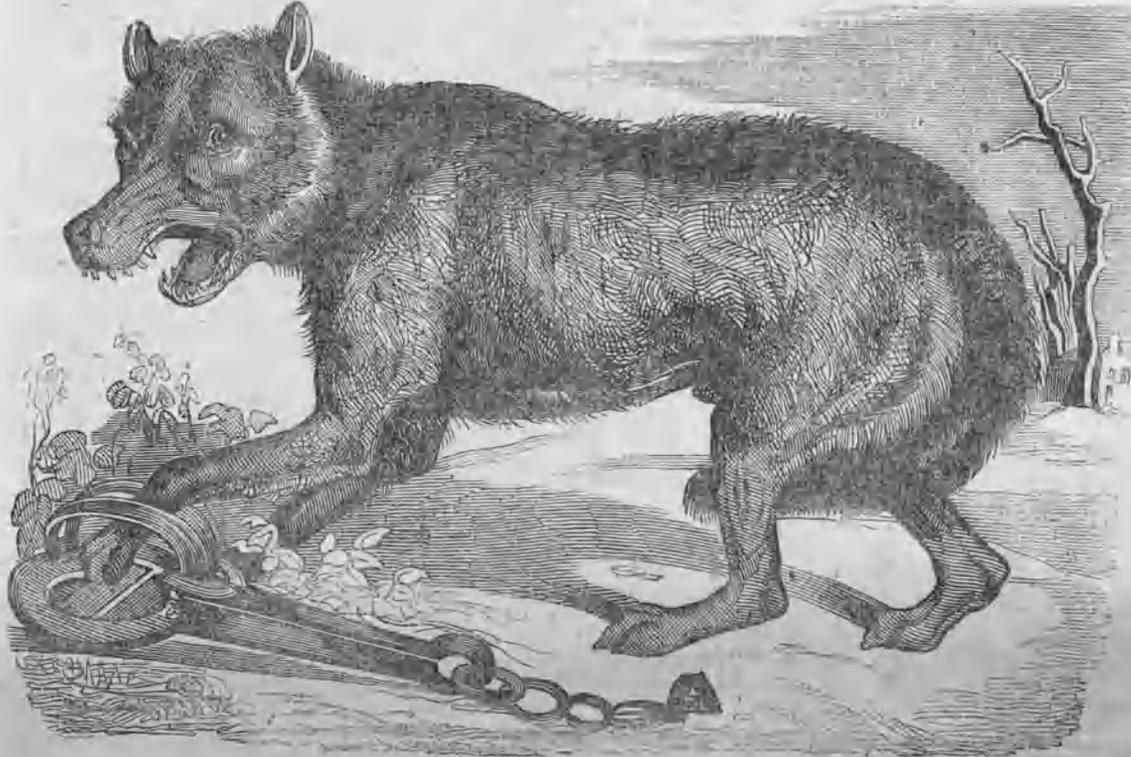
Elvira murió, y su hijo desapareció á su muerte, sin que esta súbita desaparicion llamase la atencion de don Beltrán; únicamente

una persona supo adonde encaminó sus pasos. Esta persona era Ferran, el buen Ferran, que vimos pasablemente grañir en uno de los primeros capítulos de esta leyenda, y el que tan borrascosa juventud pasó.

XI.

LA CRUZ Y EL PUÑAL.

Don Beltran pensaba en esta triste historia,



Lobo.

y le parecía que la fatalidad se complacía en perseguir á esta desgraciada familia.

Florinda, las facciones desencañadas, agitada por horribles convulsiones, su tez de un subido carmin, su respiracion fatigosa, tenía á su padre en una continuada ansia, que cada minuto pesaba en su cabeza como si fueran cien siglos.

—¡Pobre hija mía! murmuraba.

—No... no... exclamaba delirando la enferma: te engañas, corazón mío, te has engañado al decirle que era su esposa; ¿no es verdad que no puede serlo una madre?

—Cálmate, hija mía, tu padre vela, duerme, duerme, decía don Beltran.

—No lo creas, decía la joven llevándose la mano á los labios, y abriendo unos ojos desmesurados; no lo creas, porque aun no se lo he dicho... pero se lo diré á Roberto; es muy bueno, muy generoso, y él nos ayudará á ti y á mí... ¡Ay Dios! ¿que es mi padre!

—¿Qué sientes, vida mía? ¿Estás mejor? preguntó el baron.

—¡Ah! dijo respirando la delirante Florinda: me he equivocado, siento un dolor aquí... no puedo respirar... me arde la cabeza.

—Ya se pasará, ¿quieres tomar esta pocion?

—¿Está mi padre tan airado? ¡Desgraciada de tí dice, si supiera nuestra falta! ¡Desgraciada de tí dice... Pero no temas nada, no sabes cuán valerosa es la muger; ¿no sabes que una madre arrostrará los mayores peligros? no confías en mí... te digo, Luis, que no me juzgas bien si crees que me intimida mi padre con desgraciada de tí y la joven ahuecaba la voz al pronunciar estas palabras, ¿qué me importa la muerte si es para mí la felicidad?... ¡Desgraciada de tí... Vete, vete, Luis, yo no temo nada; pero si no sufriera mas que yo... Pero eres tú el que mataría, te diría que habias robado su honor; ¡qué necedad! No es verdad, pero no sabes qué genio tan despótico tiene; le quiero tanto como á ti y como á ella; ¡desgraciada de

tí... Vete, vete, si viera correr tu sangre me volvería loca; sangre, y tuya... ¡Ay! ¡Ay!

El baron empezaba á comprender, y no osaba apenas respirar.

—¿Qué loca soy, continuó la calenturienta Florinda sonriéndose; muy loca, por mi amor; ¿no te irás? sé un poco razonable, bien mío; no te vas aun, y mi padre... mi padre... no será su esposa, te lo juro; pero vete... ¿no te vas? te afirmo y aseguro que le desprecia... ¿no te vas? te repito que nadie mas que el padre de mi hija

EL LOBO.

El lobo corresponde al primer subgénero del género perro, y se reconoce en su pelo gris leonado, con una raya negra en las piernas delanteras, cuando es adulto; los ojos oblicuos, el iris amarillo leonado y la cola derecha. En el Norte se encuentra una variedad enteramente blanca. Habita en toda Europa menos en las islas Británicas, en donde se ha conseguido destruirle; tambien se halla en la América Septentrional.

El lobo, por mas que se diga, no es mas que una variedad ó raza del perro doméstico, puesto que puede aparearse con él, y los mestizos que resultan son fecundos. Sin embargo, aunque los caracteres físicos aproximan tanto al perro y al lobo, existen diferencias muy notables en los hábitos y modo de vivir de estos dos animales. El lobo, en lugar de ser un animal eminentemente sociable como el perro, acostumbra á vivir solitario, y solamente se reúne con otros lobos cuando el hambre le obliga á cazar de concierto. No obstante, cuando en domesticidad llega á suavizarse su carácter feroz y á hacerse familiar, ciéñdose rasgos de ad-

hesion y fidelidad en algunos lobos domésticos que honrarian al perro mejor educado.

En todos tiempos ha sido el lobo el azote de los rebaños y el terror de los pastores. Su constitucion es muy vigorosa, pudiendo hacer en una noche un viaje de cuarenta leguas, y pasarse muchos dias sin comer. Su fuerza es mayor que la de los perros mas corpulentos.

Circunspecto y aun poltron cuando está harto, el lobo hambriento ovida su desconfianza natural, mostrando la mayor audacia é intrepidez, y sin que renuncie á usar de la astucia siempre que esto pueda serle útil; durante la noche es con especialidad cuando el lobo hambriento da muestras de un valor que raya en temeridad. De todos modos es siempre el lobo un animal peligroso, y se debe procurar su destrucción en cuanto sea posible; nuestras leyes establecen ciertas recompensas para los que maten alguno de estos animales, pagándose mas por un lobo que por un lobezno, y mas por las hembras que por los machos, particularmente si están embarazadas.

¿Cuál es el medio de encontrar corta la cuaresma?

Tomar dinero el miércoles de Ceniza para volverlo el día de Pascoa.

¿Por qué sale tarde el sol en invierno?

Porque hace tanto frio que no se resuelve á madrugar.

¿Por qué los fondistas y pasteleros hacen construir un horno en su casa?

Porque no pueden hacer construir la casa en un horno.

(Se continuará.)